

Los Niños

Catequesis del Papa
Francisco del 18 de
marzo y 8 de abril
de 2015

ENCUENTROS
MATRIMONIALES

P. MIGUEL PAZ, L.C.

1010101010
10000010
10001000
1000010001
ed
evangelización digital



Quisiera concluir este primer grupo de catequesis sobre la familia hablando de los niños.

Lo haré en dos momentos: hoy me centraré en el gran don que son los niños para la humanidad y próximamente me detendré en algunas heridas que lamentablemente hacen mal a la infancia.

En efecto, del modo en el que son tratados los niños se puede juzgar a la sociedad, pero no sólo moralmente, también sociológicamente, si se trata de una sociedad libre o una sociedad esclava de intereses internacionales.

Los niños, un gran don para la humanidad



En primer lugar, los niños nos recuerdan que todos, en los primeros años de vida, hemos sido totalmente dependientes de los cuidados y de la benevolencia de los demás.

Y el Hijo de Dios no se ahorró este paso. Es el misterio que contemplamos cada año en Navidad.





Dios no tiene dificultad para hacerse entender por los niños, y los niños no tienen problemas para comprender a Dios.

No por casualidad en el Evangelio hay algunas palabras muy bonitas y fuertes de Jesús sobre los «pequeños». Este término «pequeños» se refiere a todas las personas que dependen de la ayuda de los demás, y en especial a los niños.



Por lo tanto, los niños son en sí mismos una riqueza para la humanidad y también para la Iglesia, porque nos remiten constantemente a la condición necesaria para entrar en el reino de Dios: la de no considerarnos autosuficientes, sino necesitados de ayuda, amor y perdón.



Los niños nos recuerdan otra cosa hermosa, nos recuerdan que somos siempre hijos: incluso cuando se llega a la edad de adulto, o anciano, también si se convierte en padre, si ocupa un sitio de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo.

El gran don de la vida es el primer regalo que nos ha sido dado. A veces corremos el riesgo de vivir olvidándonos de esto, como si fuésemos nosotros los dueños de nuestra existencia y, en cambio, somos radicalmente dependientes.



Y son numerosos los dones,
muchas las riquezas que los
niños traen a la humanidad.
Recordaré sólo algunos.

- Portan su modo de ver la realidad, con una mirada confiada y pura.
- El niño tiene una confianza espontánea en el papá y en la mamá; y tiene una confianza natural en Dios, en Jesús, en la Virgen.
- Al mismo tiempo, su mirada interior es pura, aún no está contaminada por la malicia, la doblez, las «incrustaciones» de la vida que endurecen el corazón.
- Los niños dicen lo que ven, no son personas dobles, no han cultivado aún esa ciencia de la doblez que nosotros adultos lamentablemente hemos aprendido.



Los niños —en su sencillez interior— llevan consigo, además, la capacidad de recibir y dar ternura. Ternura es tener un corazón «de carne» y no «de piedra», como dice la Biblia (cf. *Ez 36, 26*).

La ternura es también poesía: es «sentir» las cosas y los acontecimientos, no tratarlos como meros objetos, sólo para usarlos, porque sirven...

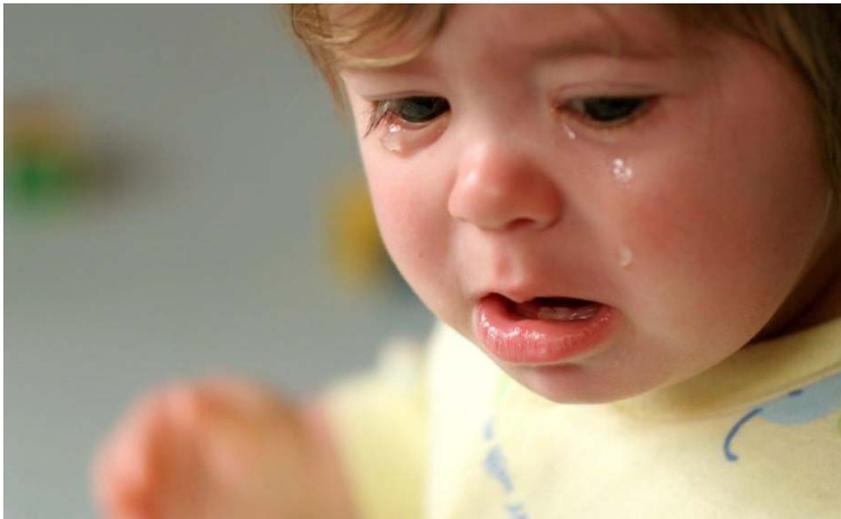


Los niños tienen la capacidad de sonreír y de llorar.

Algunos, cuando los tomo para abrazarlos, sonríen; otros me ven vestido de blanco y creen que soy el médico y que vengo a vacunarlos, y lloran... pero espontáneamente.

Los niños son así: sonríen y lloran, dos cosas que en nosotros, los grandes, a menudo «se bloquean», ya no somos capaces...

Nuestro corazón se bloquea y pierde esta capacidad de sonreír, de llorar. Entonces, los niños pueden enseñarnos de nuevo a sonreír y a llorar.





Por todos estos motivos Jesús invita a sus discípulos a «hacerse como niños», porque «de los que son como ellos es el reino de Dios» (cf. *Mt* 18, 3; *Mc* 10, 14).



Queridos hermanos y hermanas, los niños traen vida, alegría, esperanza, incluso complicaciones.

Pero la vida es así. Ciertamente causan también preocupaciones y a veces muchos problemas; pero es mejor una sociedad con estas preocupaciones y estos problemas, que una sociedad triste y gris porque se quedó sin niños.



Heridas que hacen mal a la infancia

Ya hemos hablado del gran don que son los niños, hoy tenemos que hablar lamentablemente de las «historias de pasión» que viven muchos de ellos.

Numerosos niños desde el inicio son rechazados, abandonados, les roban su infancia y su futuro.



*Mi papá
me deja
solo todo
el día*

Alguno se atreve a decir, casi para justificarse, que fue un error hacer que vinieran al mundo. ¡Esto es vergonzoso! No descarguemos sobre los niños nuestras culpas, ¡por favor!

Los niños nunca son «un error». Su hambre no es un error, como no lo es su pobreza, su fragilidad, su abandono, y no lo es tampoco su ignorancia o su incapacidad. Si acaso, estos son motivos para amarlos más, con mayor generosidad.

¿Qué hacemos con las solemnes declaraciones de los derechos humanos o de los derechos del niño, si luego castigamos a los niños por los errores de los adultos?



Quienes tienen la tarea de gobernar, de educar, pero diría todos los adultos, somos responsables de los niños y de hacer cada uno lo que puede para cambiar esta situación.

Me refiero a la «pasión» de los niños. Cada niño marginado, abandonado, que vive en la calle mendigando y con todo tipo de expedientes, sin escuela, sin atenciones médicas, es un grito que se eleva a Dios y que acusa al sistema que nosotros adultos hemos construido.

Y, lamentablemente, estos niños son presa de los delincuentes, que los explotan para vergonzosos tráfico o comercios, o adiestrándolos para la guerra y la violencia.

Pero también en los países así llamados ricos muchos niños viven dramas que los marcan de modo significativo, a causa de la crisis de la familia, de los vacíos educativos y de condiciones de vida a veces inhumanas.

En cada caso son infancias violadas en el cuerpo y en el alma.



¡Pero a ninguno de estos niños los olvida el Padre que está en los cielos!

¡Ninguna de sus lágrimas se pierde! Como tampoco se pierde nuestra responsabilidad, la responsabilidad social de las personas, de cada uno de nosotros, y de los países.



En una ocasión Jesús reprendió a sus discípulos porque alejaban a los niños que los padres le llevaban para que los bendijera.

Es conmovedora la narración evangélica: «Entonces le presentaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orase, pero los discípulos los regañaban. Jesús dijo: “Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos”. Les impuso las manos y se marchó de allí» (Mt 19, 13-15).

Qué bonita esa confianza de los padres, y esa respuesta de Jesús. ¡Cuánto quisiera que esta página se convirtiera en la historia normal de todos los niños!





Es verdad que gracias a Dios los niños con graves dificultades encuentran con mucha frecuencia padres extraordinarios, dispuestos a todo tipo de sacrificios y a toda generosidad.

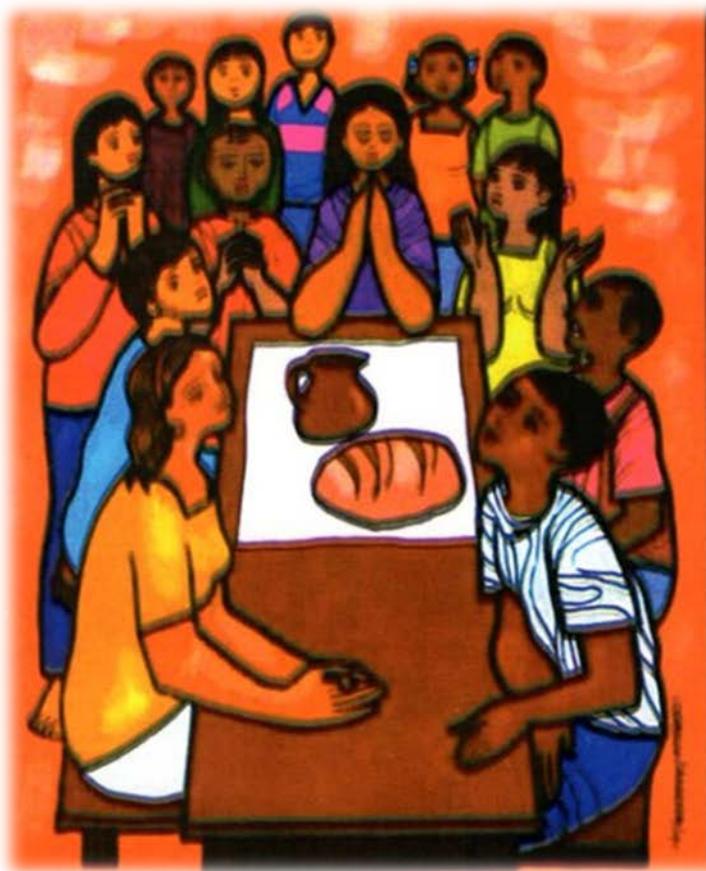
¡Pero estos padres no deberían ser dejados solos! Deberíamos acompañar su fatiga, pero también ofrecerles momentos de alegría compartida y de alegría sin preocupaciones, para que no se vean ocupados sólo en la *routine* terapéutica.



Con demasiada frecuencia caen sobre los niños las consecuencias de vidas desgastadas por un trabajo precario y mal pagado, por horarios insostenibles, por transportes ineficientes...

Pero los niños pagan también el precio de uniones inmaduras y de separaciones irresponsables: ellos son las primeras víctimas, sufren los resultados de la cultura de los derechos subjetivos agudizados, y se convierten luego en los hijos más precoces.

A menudo absorben violencias que no son capaces de «digerir», y ante los ojos de los grandes se ven obligados a acostumbrarse a la degradación.



**¡FAMILIA
UNIDA,
ESPERANZA
PARA LA
IGLESIA Y PARA
EL MUNDO!**

También en esta época nuestra, como en el pasado, la Iglesia pone su maternidad al servicio de los niños y de sus familias.

A los padres y a los hijos de este mundo nuestro les da la bendición de Dios, la ternura maternal, la reprensión firme y la condena determinada. Con los niños no se juega.



Pensad lo que sería una sociedad que decidiese, una vez por todas, establecer este principio:

«Es verdad que no somos perfectos y que cometemos muchos errores. Pero cuando se trata de los niños que vienen al mundo, ningún sacrificio de los adultos será considerado demasiado costoso o demasiado grande, con tal de evitar que un niño piense que es un error, que no vale nada y que ha sido abandonado a las heridas de la vida y a la prepotencia de los hombres».

¡Qué bella sería una sociedad así! Digo que a esta sociedad mucho se le perdonaría de sus innumerables errores. Mucho, de verdad.



El Señor juzga nuestra vida escuchando lo que le refieren los ángeles de los niños, ángeles que «están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial» (cf. *Mt* 18, 10).

Preguntémonos siempre: ¿qué le contarán a Dios de nosotros esos ángeles de los niños?

¿Dónde encontrarnos?

Nuestra WEB

- www.evangelizaciondigital.org

Twitter

- @EvangDigital
- @PaterAgustin

Facebook

- <http://www.facebook.com/evangelizaciondigital>

Necesitamos tu ayuda...

- Para hacer tu donativo, en la página te explicamos como hacerlo.